

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 28 DE ENERO DE 1923

NÚM. 19.966

IMPRESIONES DE
UN CAMINANTE

DESDE EL POSILIPO A CAPRI



TIENEN ciertos nombres una eufonía llena de antiguas resonancias. La sugestión que producen ¿no será un eco de la historia concentrada en ellos? El alma profunda de las cosas puede

resolverse en sonido, y repercutir en una lejanía de tiempo inaccesible a la memoria. Rumia de esos pensamientos, pronunciábamos el nombre de *Posilipo* mientras nos encaminábamos a la famosa colina de Nápoles así llamada. Bajábamos del palacio de Capodimonte, resto magnífico de la perdida realeza napolitana. Ibanos bordeando la ribera de Chiaia y la Mergellina, entregados a la música de esas palabras que despertaban en nosotros el canto de vagas melodías, infantiles y mecedoras.

No intentaré, naturalmente, «descubrir» el Posilipo, que es uno de los tópicos más conocidos de la literatura de viajes. El palacio de Doña Ana, recuerdo de una virreina española, saludó nuestro paso con todo su recuerdo elegiaco. El golfo de Pozzuoli, ardiente por la solfara, extendióse ante nosotros hasta la lejana costa de Cumas, llena del recuerdo sibilino, abriendo al cielo la concavidad de sus lagos que fueron cráteres. Entramos en la gruta de Sejano, antiguo camino militar subterráneo bajo la Roma imperial. La supuesta tumba de Virgilio nos evocó la figura del poeta, custodio eterno de esa ribera occidental de Nápoles, como Tasso lo es de su ribera oriental y meridional. Duerme la ciudad entre esas dos sombras guardianas, unidas por una común dulzura, sanamente infantil y arcádica...

... Hemos completado nuestra visita al golfo de Nápoles. Hemos ido a la isla de Capri. ¿Para qué recordar el eco de ese otro nombre, lleno de sugestión malsana y odiosa? Capri, Tiberio, los *pisciculi*, la página terrible y sádica, contada por Suetonio con fría claridad. Hemos embarcado en un muelle de nombre suavemente revelador del alma de Nápoles: *Immacolatella Vecchia*. La tarde era magnífica. El vapor ha bordeado la costa vesubiana y la península Sorrentina; cada nombre de los pueblos de esta costa es una gama de evocaciones: Porti-

ci, Castellamare, Vico Equense, Sorrento... Bajo esa tierra durmieron las ciudades soterradas de la Pentápolis volcánica. Un inmenso effluvio de gozo de vivir se desprende hoy de esas riberas, paraísos ofrecidos a la prosperidad humana. Los palacetes y las villas descienden hasta el mar. Los pámpanos desbordan sobre balaustradas de jardines; ramas de laureles asoman por las mirandas, con una añoranza de sienes

predestinadas a la coronación. La hiedra, amorosa y voraz a un tiempo, cubre las columnas truncadas que un día sostuvieron aras votivas. Los hoteles modernos se decoran con nombres suavemente enfáticos: Tasso, las Sirenas, Tramontano... Y siempre, a lo lejos, el Vesubio agita su antorcha, como una clava inflamada en el puño de un titán. Los elementos naturales recobran en estos sitios su remota divinidad, y el la-

bio balbucea, ante ellos, una plegaria perdida, que acude a nosotros desde el alma adorante y temerosa de los navegantes prehistóricos. El volcán vuelve a ser el Cíclope, abriendo su ojo de fuego en la noche llena de ansiedades y espectros. Nos acechan los monstruos marinos, tras la estela del barco; cada escollo es la petrificación y el castigo de una antigua deidad culpable, convertida en maléfica. Las tres Sirenas conservan aquí su primaria condición, mitad mujeres y mitad aves, atrayendo desde las grutas de la costa a los nautas desprevenidos...

Pero nosotros vemos y esas orillas con un nuevo sentido de su belleza. Todo es placidez, confortante alegría, apariencia feliz de la vida. Hemos llegado a la plenitud de la contemplación clásica. El volcán es un faro que nos guía, un hogar que nos saluda, y no la amenaza de un gigante mítico. Las olas mecen nuestro buque como una caricia. Desde los miradores, bellas jóvenes parecen invitarnos a fiestas de un rito placentero y hospitalario, que ha persistido sobre los siglos profanos y sangrientos. Guirnalda de mirto y rosas cuelgan todavía de los pórticos y capiteles. El vino de las parras dionisiacas se decora con nombre cristiano para fundir las dos religiones en una sola eucaristía, y se vierte en nuestra copa el *lacryma Christi*...

Súbitamente, hemos mirado al mar. Un recuerdo trágico nos ha mostrado, bajo la espuma removida, el cadáver de Caracciolo, la víctima ilustre de Nelson, ofrecida como venganza al amor turbulento de Lady Hamilton. Y la violenta contraposición de los dos amantes se nos ha hecho visible: el almirante mutilado y siniestro, predestinado a unir la Muerte con el Amor y con la Gloria; y la cortesana bellísima, que aun sonríe, con juventud inmarcesible, en los cuadros de Romney...

Pero ese recuerdo es ya anacrónico en el panorama que contemplamos. Abandonémos a esta hora que no debiera transcurrir nunca. Sobre la orla del vaporino, una rubia inglesa señala, cerca ya, la isla sonriente: Capri.

Hemos pasado la noche en Capri, divagando por sus callejas minúsculas, bañadas de luna; recostándonos en sus miradores, abiertos entre promontorios que tienden sobre el acantilado la



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.—Aguafuerte de Castro-Gil, que obtuvo por unanimidad el premio en el Concurso de Grabado del Círculo de Bellas Artes de Madrid

abellera, de sus pinos. A veces, en el recuerdo de una calle, tuvimos que apoyarnos sobre el muro para dejar paso a algún trasnochador, cuya figura marinesca evocaba el tipo estilizado por los románticos. El recuerdo lacrimoso de Graziella sobrevive aquí; y la isla explota en alguno de sus habitantes esos aires de color local, ofrecidos como modelo a los pintores adventicios.

Hemos salido al campo. Un camino rústico se pierde en la ambigua claridad lunar. Acaso conduce a Anacapri, la otra población isleña. Algunas casitas blancas, decoraciones de belén, trepan aún por las laderas, entre sombras de nopales. Hacia el mar, de nuevo, las estrellas nos orientan con un saludo de perenne protección, vínculo que nos une a nuestro mundo como una sonrisa maternal. El jeroglífico de las constelaciones brilla sobre la bahía, rociándola de su luz como un bautismo que la identifica a nuestros ojos, desde esta roca que ató la nave de Ulises. Algún lucero está velado por una opacidad nocturna, que no sé si es neblina o humareda de volcán.

Nos hemos levantado con la aurora y hemos bajado al mar. Un marinero nos ofrece su bote para ir a la Gruta Azul. Habla un castellano argentino, algo inseguro, recuerdo de sus tiempos de emigración. Nos embarcamos. La costa brava parece desfilar frente a nosotros, recordándonos, con un gran parecido, la costa septentrional de Mallorca. El monte Solaro yergue su cima, allá lejos; y su nombre, súbitamente, se nos asocia al recuerdo de una narración fantástica de Wells, *El sueño de Armageddon*. ¿No habitó también en Capri, algunos años, Máximo Gorki, sustrayéndose a la persecución zarista?

Vamos a doblar un promontorio, la Punta Tragara. ¿Cómo se llama ese arrecife que alza sobre el mar la triple figura de sus rocas, torsos deformes de dioses petrificados? Son los *Faraglioni*. Hay en la costa marroquí, si mal no recuerdo, otros peñascos semejantes, con el nombre de los Farallones. No he profundizado en esas analogías toponímicas, que, sin duda, envuelven imprevistas revelaciones.

Pasamos ante la Villa de Tiberio. El nombre de ese emperador se cierne sobre toda la isla como la sombra de una de sus águilas simbólicas. La leyenda ha convertido esos riscos en despendedor de víctimas imperiales: el Salto de Tiberio. Llegamos a la costa Norte. Ahí está el *baño de Tiberio*. Pasemos sobre su recuerdo lúbrico, un poco a lo Gilles de Rais... Plácidamente, se bañan en sus aguas unas fuertes nadadoras, que llegan hasta nuestra barca. Una de ellas deja flotar sus cabellos negríssimos, que serpentean entre la espuma como medusas. He aquí la forma conocida de las Sirenas, que saluda nuestro paso en una reencarnación.

La fuerte brisa nos sacude. Estamos ya frente a la famosa Gruta Azul. Nos acostamos en el fondo del barquichuelo para penetrar por la angosta abertura. La gruta es amplia y sonora. Como no recibe la luz mas que a través del agua, su coloración es azulada y verdosa. Nuestros ojos, deslumbrados por la claridad de fuera, van acostumbrándose poco a poco a la nueva claridad, tenue y velada. Nuestro marinero entona una canción napolitana, que resuena hondamente en aquelantro. Formas indecisas se diseñan sobre el tosco desembarcadero. El fondo de las aguas parece un tesoro de gemas. Los remos, golpeando el agua, difunden cambiantes infinitos de luz, y gotean fosforescencias en los remolinos espumosos. Cada remo semeja una antorcha. La cara de nuestro

barquero se tinte de livideces glaucas, como reflejos del Aqueronte. La montaña tiende sobre nuestras cabezas su techo de estalactitas. El refluxo, lamiendo las peñas, cubre y descubre tonalidades nacarinas, platear de escamas, verdines húmedos, blancuras de sal... La voz del marinero sugiere toda la poesía dialectal de sus abuelos, tal vez rastro difuso de un himno homérico que luego fué canto de guerra en la escuadra de Roger, después estrofa de corsario, y hoy es barcaola amorosa de pescador.

Salimos al mar libre. Sobre nuestra frente ríe el sol.

Gabriel ALOMAR



LAS HORAS



Por el recinto en que lloras
tu muerto amor—ayer brasa
y hoy ceniza que atesoras—,
eso que en silencio pasa
son las horas.

Las que antaño, en la mañana
de tu vida—áureo reflejo—,
llamaron en tu ventana
como ninfas del cortejo
de Diana.

¡Corazón, entonces era
campanita de maitines
tu clara risa mocera,
y embrujaba Primavera
tus jardines.

Entre el ramaje senoro,
sacro bosque del deseo,
con las driadas a coro
cantaba la alondra de oro
de Romeo.

¡Las horas! Eran divinas
mariposas, de albas alas,
raudas como golondrinas,

locas como saltarinas
colegialas.

Fueron llegando una a una,
Sabían que tú eras fuerte.
Mas ya todas, con fortuna
lucharán, y a la laguna
te han de arrojar de la muerte.

Ante su actitud tranquila
no sospechó el alma inquieta.
Y hoy cada cual su arma afila;
que a tu cila con Julieta...
fué Dalila.

¡Julietas enamoradas,
con corazones de lirio!
Cuando en vuestras manos de hadas
soñé ver rosas doradas,
¡traéis un cirio!

... Para asistir a tus bodas
con la muerte ya están todas
aquí. Falta la postrera
—una que vendrá enlutada—,
para herirte de certera
puñalada.

Miguel de CASTRO

LÁMINAS DESPRENDIDAS

PROMETEO SIN FIN

AL margen del pueblo, en la era, es frecuente topar con ese personaje, oscilante y viscoso, que dentro de su aparente resignación conduce el único resorte de inquietud latente, capaz de perturbar la añosa calma en que todo el lugar se anega. Disparatado y solo, es el tonto o es la loca a quien los chiquillos han dejado de acosar, y que, mansamente, sigue desempeñando su aciago cometido, con solemne cachaza, rigurosa y puntual.—Pues como tiene espadaña y plazuela todo poblacho, por reducido que sea, tiene también la permanente agura de algún ser anormal y disperso que asume para sí la enconada idiotez de todo el caserío.

Pero existe, además, otra figura, en el fatal reparto lugareño, que por ser más escasa, no es, en verdad, menos angustiosa y atrayente: el inventor — ignoto prometeo campesino que, en un profundo recoveco, espía su íntimo anhelo de inmortalidad y su obstinado amor hacia los que le ignoran—.

Formado en un hogar hidalgo y mortecino, era, cuando mozo, ávido y listo, amigo de libros y guarismos. Hallándole la vida harto desocupado y con mediana hacienda para vivir ocioso, agruyó, en él, las inclinaciones naturales y le afiló el deseo de curiosar en los más intrincados y peligrosos problemas. Entró en el estudio de «cosas raras», y pronto dió en el empeño de realizar algún maravilloso descubrimiento que le captase encomio y admiración por dondequiera. Y de uno en otro propósito, vino a fijar su predilección en el tema fatalmente obligado: el movimiento continuo—aplazando, por el momento, la piedra filosofal, la cuadratura del círculo..., que no le seducían menos—.

Tanto como su natural aptitud, contribuyó, a la súbita determinación de este proceso, la hostilidad jubilosa del ambiente, dispuesto, desde primera hora, a ceñirle y a estrujarle en plazo breve. El materialismo roncero del pueblo, ofendido ante cualquier intento de liberación espiritual, de distinción posible o de improbable aceptación, se apresuró a sofocar el germen apuntado, que, falto de oreo y de dirección, se perdió luego. Y nuestro «Don Inventor»—como todos le llamaban en el pueblo—no tardó en sorprender, al través de su obsesión ensimismada, mofas rencorosas y sordas, nacidas de aquellos que, tiempo atrás, le interrogaban embozados y ahora hallaban orgullo y complacencia pudiendo tachar de loco a quien, sin querer, les humillaba con el alborotado barbotar de su ciencia.

Tornóse entonces receloso, huidizo. Evitaba encuentros fortuitos y enfadosas compañías, saliendo de su casa por un camino lindero que, a lo largo de bardas y tapias, desembocaba en el campo; y en cavilosos paseos excéntricos pasaba la tarde, perdiéndose de sí mismo, tratando de aventar el humo que las cuartillas filtraban en su cerebro; pero sin dar tregua a la idea fija que le hostigaba, con apremiante insistencia interrogadora — como niño colgado de la mano—. Y así se le veía vagar por el contorno hasta la hora en que la noche, llegando, como el cierzo, de los desolados confines, empuja a cada uno hacia su habitual cobijo. Detrás de los pelotones de callados braceros, presurosos; que volvían del trabajo al rítmico compás de sus alpagatas; detrás de los oscuros y quejumbrosos carros, animados, a trechos, por una entrecortada can-

ción; detrás del cura, plegado en sus hábitos; del militar anciano, que los demás, con un breve saludo, iban dejando rezagado, venía, desperdigado y suelto, «Don Inventor». Regresaba zagüero, embutido en su traje lacio, de luto cerrado, la cabeza vencida, los brazos colgantes a la espalda y los pies embrollados en un pegajoso ovillo de polvo, persistente y tenaz. Una vez en el pueblo continuaba, como la carretera, por la calle central, pues eran ya más las tardes que recalaba en casa del herrero que en la suya familiar.

Había sucedido que, progresando nuestro hidalgo en sus investigaciones, alcanzó un punto de absoluta certidumbre, en el cual, dando por concluido su sistema teórico, se le presentó la pavorosa inminencia de llevarlo a la práctica. Mas si la perspectiva de construir el mecanismo, capaz de experimentar su descubrimiento, le llenaba de inquietud y zozobra, no era, ciertamente, por venir acompañada de la más sutil sospecha de fracaso o de error. No. El había hecho depender el impulso inicial de su sistema del incesante girar de los astros y, por lo tanto, confiaba en que, una vez establecido el contacto, se realizaría el funcionamiento de su aparato con la misma regularidad que el subir y bajar de las mareas—ponía él por caso. Lo que realmente le espantaba era la urgencia de compartir el sagrado secreto de su invento, pues evidenciaba que él, por sí solo, nunca conseguiría ejecutar otra cosa que planos y maquinaciones en el papel.

Al fin, tomó la decisión de recurrir a Juancho, el herrero, y, cautelosamente, le hizo, un día, la más minuciosa explicación de sus planes y proyectos. Escuchó atento el herrero; y juró formalmente guardar el secreto, pues pensaba, para sus adentros, que él era quien, en verdad, descubría en «Don Inventor» un filón, que, bien administrado, le podía proporcionar muy buenos rendimientos. Pero, cogido, a su vez, en el enredo, no tardó Juancho en interesarse por la mejor eficacia del invento, y soñó su codicia con el término de lo que al principio pensaba demorar indefinidamente. Empezó a creerse colaborador indispensable, y de la práctica pasó a la teoría, proponiendo las correcciones y mejoras que en sus cavilaciones se le ofrecían. Y tan convencido llegó a estar de la prosperidad del asunto, que en una ocasión que «Don Inventor» discurría sobre ello, el herrero le atajó, perplejo:

—Tan seguro estoy de que esta vez hemos dado con el movimiento continuo, que pienso: una vez puesto en marcha el mecanismo, ¿cómo lo vamos a parar?

Y así avanzaban en los descubrimientos, cada uno con su obsesión. El herrero, impaciente y cazarro, acuciando el intento a las aplicaciones lucrativas; «Don Inventor», por lo alto, retrasando las experiencias y continuando impertérrito sus elucubraciones—tan encumbrado, que apremiándole un día el herrero, más que de continuo, se vió precisado a confiarle esta contestación:

—Has de saber, Juancho, que si luché y me afané en la depuración de un empeño, que hace tiempo he resuelto, es porque me propongo, al completarlo, realizar la suprema salvación de la humanidad toda: aplicando el movimiento continuo a ese péndulo angustioso que nos rige el corazón...

Y las palabras se perdieron—como el inútil clamoreo de los continuos martillazos—, enronquecidas, ahogadas, en el áspero ambiente de pezúña quemada que le servía de nimbo, dentro de la ensombrecida herrería.

Antonio MARIOHALAR

EL EMBLEMA

NARCISO Y LA NINFA
:: POR JOSE BRUNO ::

NARCISO, el Egoísmo, no hacía mas que mirarse en el cristal de la transparente laguna. Era bello como los dioses, y se miraba en la laguna para reflejarse en el cielo...

Se había enamorado de sí mismo, y no estaba ya sino en sí mismo, y no había más mundo para él que un cielo pequeño, las ramas de un laurel róseo, los estremecimientos del agua con las brisas, la envidiosa luna y, a veces, la fugaz sombra de algún pájaro.

Quisiera Narciso tener los cien ojos de Argos para mirarse, y porque veía el ciejo bajando la vista, tornaba al verdadero cielo sus espaldas...

Eco, doncella instruída por las Ninfas en el arte del canto, de la chirimía y de la flauta, se prendó del hermoso adolescente. Sentábase a su lado, y así se le pasaban las horas; y callaban la chirimía y la flauta, en penoso abandono, para que se expresara, en súplica, el canto:

—Narciso, más hermoso y esbelto que una flor cabe las orillas, más puro que el agua: yo tengo dos pequeñas lagunas azules en mi rostro para que te mires perennemente en ellas...

Pero Narciso desdeñó a la gentil cantora, y Eco huyó, vencida; huyó a ocultar su vergüenza en los antros solitarios, donde, atacada de dolor y despecho, se debilitó y consumió, quedándose en la voz y en los huesos. Según Ovidio, su mal pagado amor la secó; de suerte, que, convertidos los huesos en peñasco, lo único que vive de ella es el lamento. *Vox manet...* No se la volvió a ver jamás, aunque respondía, presta y claramente, a todos los que la llamaban, ¡aquella hermosa imagen de la pesadumbre!

Por el bosque próximo a la laguna donde Narciso se abstraía, vagaban, en jubilosos coros, las Ninfas. Deidades fabulosas, hijas de Júpiter, dios de la tempestad; deidades que tenían el mismo origen que los ríos y torrentes, naciendo de los caudales del cielo, mostraban en sus pupilas la transparencia vítrea del agua, charlaban con la voz de los manantiales, triscaban entre los riscos y las cañas, como los regatos. Eran todas de singular blancura y belleza perfecta. Vestidas de tela de pluma rasa, coronadas las cabezas de flores, dábanse al baile, a la música y al canto, secundando al festivo Pan, el dios pastor.

Irresistibles eran sus seducciones, y no parecía sino que Narciso, atraído por el poder del agua, por el deseo de pene-

trarla, por el vértigo de mirarla tanto, por la fascinación y voluptuosidad que le causaba el limpio fondo, no parecía sino que estuviera prendado de una Ninfa. ¿Sería Narciso esclavo de alguna y caería en sus manos, como cayó Hílas, el cual fué por agua y ya no volvió más, porque le arrebataron las Ninfas con caricias fatales? No; fué, por el contrario, una Ninfa la que se quedó cautiva de

jo... Y cuanto él menos la miraba, más le amaba ella, desconsolada y suspirante.

Las Ninfas eran convocadas al Olimpo para que asistiesen a las solenes asambleas; mas ella, descatando a los dioses, discurría por la fosca selva deshabitada, entre los lebreles de sus pensamientos y amargas memorias...

Júpiter, benigno, le perdonaba sus au-

en la flor llamada hoy del narciso, la cual crece a las márgenes de las aguas: flor blanca y olorosa, de antera oblonga y hacia abajo inclinada...

¡Infeliz Ninfa, infeliz Savia de Mirto, cuando en el lugar donde se asentaba su amado vió la flor de delicado tallo y corola acampanada vuelta hacia la laguna!... Observaba ella sus hojas, recibía su preciado perfume, tocaba sus seis estambres sutiles, comparaba su blancura de carne con los suaves brazos que sumergía él para asirse..., y allí quedó la Ninfa, como junto a un hermoso despojo amado...

Los errantes coros de Ninfas, Musas y Sátiros la sorprendían admirando la flor, inseparablemente, mientras la flor copiábase en el espejo de la laguna... En balde aquéllos la llamaban a sus zarabandas campestres, que ella no tenía más selva que su flor.

Un día, las divinidades, compadecidas, permitieron que se le presentase Narciso en persona, vero y real, más lindo que nunca.

Pero la Ninfa huyó de aquel mancebo extraño que ahuyentaba su flor amada. Savia de Mirto no reconoció, con asombro del cielo, al apuesto Narciso... El amor ya no acertaba a recibir al amado, y el tiempo había hecho infiel la memoria...

Entretanto, Narciso, indiferente, sentóse al borde del agua y se quedó mirándose otra vez, perpetuamente mirándose... Y los dioses fueron, una vez más, desobedecidos por dos amantes... Tu vieron que reconvertir en flor a su rival... y entonces, de nuevo, regresó la caprichosa Ninfa.

Porque ella no amaba ya mas que la flor; amaba solamente un emblema...

Los amores tienen su día, y mucho deben temer la ausencia los verdaderos amantes, no sea que acaben por amar un emblema.

Savia de Mirto, a fuerza de derramar lágrimas, se identificó con la laguna; suspiraba alguna vez y la contestaba Eco exactamente con el mismo suspiro...

Ya eternamente el narciso se refleja en el agua, condenado a contemplar por vida su hermosura; y el agua, inmóvil, multada está, inexorablemente, a copiar la graciosa forma y la displicencia del curvado narciso...

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

NUESTROS GRANDES PINTORES



AMARANTINA.—Cuadro de Julio Romero de Torres

Narciso, quizás intrigada por alcanzar mejor fortuna que aquella infortunada Eco.

Savia de Mirto, la amorosa Ninfa, que bailaba antes, feliz, en los suntuosos cortejos de Mercurio, ceñida del pepló dórico, con cintas y flores, como la pintaran en los bajorrelieves de Tasos, ahora se alejaba de los grupos; erraba sola, triste y pensativa, colgada la callada flauta a la espalda. Y cuando contemplaba a Narciso, él bajaba los ojos, no de rubor, sino para verse en su espe-

sencias del cielo, porque los dioses perdonan los amores.

Pero ellos no podían tolerar que Narciso fuese tan bello como un dios. Narciso, hijo de Cefiso y de Lisiopaea, hombre mortal, carne y hueso, arrobado de su misma y pobre humanidad, ofendía gravemente a los Inmortales, y éstos le castigaron, porque, mientras se engreía reflexivamente, igualaba a los dioses, usurpábales el supremo atributo de la divinidad.

El celeste sínodo acordó convertirle

EL JARDIN MARAVILLOSO

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

ERASE un rey que tenía tres hijos, a los que quería con toda su alma, según suele suceder a todos los padres, sean reyes o no.

Los tres príncipes se llamaban Hermoso, Fortunato e Inocencio. Eran los tres muy bellos, muy buenos y muy valerosos, aunque los dos mayores tenían ciertos defectillos que...

Pero eso ya lo veremos más tarde.

Cuando el rey fué envejeciendo, empezó a preocuparse seriamente, no sabiendo a cuál de sus tres hijos debía dejar la corona; lleno de perplejidad, mandó venir a la corte a un viejo sabio, que era muy viejo y muy sabio; tenía unas barbas largas y blancas, y solía aconsejarle en las ocasiones difíciles.

El anciano se mesó las barbas durante un par de horas, y luego declaró con voz grave y profunda:

—Es necesario que nombres heredero al mejor de tus hijos; primero, porque la virtud debe ser recompensada, y luego, porque de la elección de soberano depende la felicidad del pueblo.

—¡Anda! ¡Vaya un descubrimiento! —exclamó el rey, encogiéndose de hombros, sin respeto a los años, la sabiduría y las terribles barbas de su consejero—. Lo que yo quiero, precisamente, es un medio de enterarme de cuál de mis tres hijos vale más, pues, aquí en confidencia, te diré que los tres me parecen igualmente virtuosos.

—Ponlos a prueba.

—Pero, ¿cómo?

El sabio, después de reflexionar, inclinándose hacia el soberano, le habló al oído unas cosas que no pudo oír, pero que no tardaremos en adivinar.

En el acto, el rey llamó a sus ministros y les dió órdenes secretas y urgentes, y, a los tres meses, mandó llamar a sus hijos y les habló en esta forma:

—Os ordeno, hijos míos, que vayáis a hacer un viajecito, de un año, para conocer mundo; según como hayáis empleado vuestro tiempo, veré, a vuestro regreso, a cuál de los tres conviene que confíe mi trono y mi corona.

Los tres príncipes, que adoraban a su padre y se encontraban muy a gusto en la corte, lloraron mucho ante la perspectiva de esta separación; pero acataron respetuosamente las órdenes del rey, y después de grandes preparativos de viaje, embarcaron en un magnífico buque que su majestad había mandado poner a su disposición.

No bien llevaban tres días de travesía, cuando una noche el buque chocó contra unos arrecifes y naufragó; los tres príncipes fueron arrojados sobre una playa; el resto de la tripulación se embarcó en unas lanchitas y se alejó, remando, en dirección de la capital del reino.

(Tengo fuertes sospechas de que todo aquel naufragio había sido dispuesto por el capitán del buque, siguiendo las órdenes del soberano.)

Al despuntar el alba, los tres jóvenes, que no tenían más daño que el de un baño imprevisto y refrescante, se dedicaron a visitar el país donde se hallaban, y, a poco, llegaron ante un parque maravilloso.

Desde fuera se respiraba el aroma de las frutas y el perfume de las flores, y se oía el canto de los pájaros y el fluir de aguas cristalinas.

Hermoso, Inocencio y Fortunato, encantados, se acercaron a la puerta de aquel parque y vieron adelantarse hacia

ellos un uso moderado y prudente de los placeres y las maravillas que aquí se os ofrezcan.

Los guardianes se alejaron, y los tres príncipes se apresuraron a entrar en el parque; en seguida se separaron y se fué cada cual por su lado.

Hermoso se olvidó en seguida de la recomendación del tercer guardián. Hábeis de saber que era un poco goloso y tragón; tan pronto como probó una fruta, le encontró un sabor tan exquisito, que empezó a comer y comer, sin parar;

de brillantes; otro, con cerezas de rubíes; otro, con higos de esmeraldas, y tan ocupado estaba en amontonar riquezas, que se olvidó casi de comer y se quedó más flaco que un arenque.

En cuanto a Inocencio, había grabado profundamente en su memoria los consejos de los guardianes. Encantado con todo lo que veía, se puso a recorrer el jardín, estudiando el cantar de los pájaros y observando las plantas, con tanta aplicación, que se volvió más sabio que el viejo consejero de su padre.

Al cabo de un año, un embajador del rey fué a advertir a los tres príncipes que su padre les esperaba para escoger, entre ellos, el heredero al trono real.

Fortunato salió el primero, arrastrando penosamente sus enormes y pesados talegos llenos de oro y pedrerías. Al verle tan cargado, los guardianes se arrojaron sobre él, le registraron y le despojaron de las riquezas que tanto trabajo le había costado reunir. El desdichado llegó al palacio, harapiento, sucio y demacrado. Al verle en tal estado y oír que aquel mendigo pretendía ser hijo del rey, los criados, indignados, le echaron a palos, y el infeliz no tuvo más remedio que irse por las carreteras pidiendo limosna a los transeúntes.

Hermoso salió después de su hermano; estaba enorme, y tenía una tripa descomunal; además, como se había acostumbrado a no moverse, y las carnes le pesaban y tenía los miembros anquilosados, apenas dió unos pasos, se desplomó al suelo como una masa y murió de indigestión.

Inocencio salió el último; estaba más apuesto y más guapo que cuando entró y no menos ligero. Los guardianes le despidieron con toda suerte de reverencias, y cuando llegó al reino de su padre fué acogido por el rey y el pueblo con grandes muestras de cariño y entusiasmo.

El viejo sabio acudió en persona para colocar sobre la cabeza del joven soberano la regia corona de oro. Como el buen señor era algo pedantón y sentencioso, aprovechó la ocasión para largar un discurso de los suyos:

—Ese jardín maravilloso, en el cual has permanecido un año—le dijo—, me hace pensar en la vida, en la cual todos en-

tramos y de la cual todos salimos algún día; asimismo, todos debemos huir del abuso en el placer y debemos aprovechar el tiempo para hacer el bien y estudiar, en lugar de amontonar riquezas, porque has de saber...

El príncipe no quiso escuchar el fin del sermón. Además, ¿para qué? Sin necesidad de lecciones enojosas, bien probado tenía que sabía portarse como era debido, y, más en adelante, también supo gobernar con justicia y hacer de sus súbditos el más dichoso y agradecido de los pueblos.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.



ellos a tres guardianes, vestidos con trajes deslumbrantes.

—Pasad—dijo el primer guardián—; nada os impide entrar en este parque y aun vivir algún tiempo en él; solamente os advierto que algún día habréis de salir; nadie permanece aquí eternamente.

—Mientras estéis en el parque—dijo el segundo guardián—podéis disfrutar de todos sus encantos y coger cuanto queráis; solamente os advierto que no os podréis llevar nada; habréis de salir tan pobres como entrasteis.

—Y yo—dijo a su vez el tercer guardián—me limitaré a recomendaros ha-

entre bocado y bocado bebía un trago de agua de un manantial cercano, que era maravillosamente pura y fresca, y de vez en cuando se echaba para digerir, descansar y poder seguir, luego, comiendo y bebiendo sin mesura ni razón.

Fortunato, por el contrario, dirigió sus pasos hacia un lugar del jardín donde las hojas de los árboles eran de oro y plata, y las frutas, de pedrerías. Siempre había sido algo avaro y ambicioso, y el hallazgo de aquel tesoro inestimable estuvo a punto de volverle loco de alegría; desgarró sus ropas, con las cuales fabricó grandes talegos, y empezó a amontonar riquezas; llenó un talego con uvas

EL NAUFRAGIO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE FRANCISCO CAMBA

DESDE los primeros días del viaje al go comenzó ya a unirlos. En aquel buque, lleno de comerciantes enriquecidos tras largos años más de paciencia que de lucha, la bellísima americana Catalina Ruth y el noble español Armando de Andrade pudieran ser, ante los ojos de la generalidad del pasaje, sencillamente dos pasajeros más. Pero ellos, acalmado el tumulto de la partida, habiendo ya adquirido el buque un cierto carácter de hotel, donde gentes venidas de todos los lugares del mundo van por largo tiempo a mezclar sus vidas, comenzaron a cruzar aquellas miradas donde había algo del saludo de dos conocidos, de dos amigos tal vez, que, sin embargo, no osaban hablarse.

Eran dos personas del mismo mundo, de la misma raza, en cierto modo. Y, a pesar de que aún no se habían dirigido la palabra, al quedarse ella como sumida en la contemplación del dulce espectáculo de la puesta solar, sabía que unos ojos, atentos, alababan este gusto, y durante la comida de la noche, a distancia, él de su mesa, estaba seguro de que el haberse vestido de *smoking*, dando otro tono al buque, alguien se lo agradecía como un homenaje. Así y todo, iba dilatando Andrade el entablar conversación con aquella criatura a quien su padre parecía conceder todos los caprichos, y que de no tener el espíritu con el cual se complacía en dotarla, pudiera convertirse para él en un peligro serio.

Y tal vez no lo tuviese, no. Dejados atrás los mares fríos de Europa, acercándose el buque a la costa africana, comenzaban, en las cálidas y bellas noches de a bordo, banquetes y bailes. Ya todas las mujeres acudían al comedor escotadas y con joyas, y ya todos los hombres habían imitado a Andrade, sacando del baúl el *smoking*. El comedor, engalanado con guirnalda de flores, y la cubierta, adornada de farolillos, presentaban, sin duda, ante Catalina, el aspecto de lugares muy conocidos, habituales, en su vida. Y para consolarse del tedio del viaje, esto parecía bastarle ya. Pronto tuvo amigas entre las pasajeras, y no sólo se dejaba invitar al baile por hombres desconocidos, y aun ella anterior tal vez despreciados, sino que la veía Armando quedarse con ellos apoyada en la borda, de espaldas al mar, oyendo, complacida, sus estupideces y hasta alandolas con una sonrisa lenta que, al descubrirle los dientes maravillosos, embellecía aún más el radiante espectáculo de la noche.

Armando comenzó a alejarse, a apartarse de las fiestas. Un sentimiento extraño, y que jamás había anidado en su corazón, se enseñoreaba de él completa-

mente. Temía haberse equivocado respecto a la clase de atención que aquella mujer le dedicaba. Y era aún una cosa vaga, pero dolorosísima. Hasta entonces Armando de Andrade no había vacilado nunca. Jamás admitió la posibili-

mente en el camarote, ante la luna del armario, diciéndose de repente:—Soy un viejo.

La idea le hizo el efecto de una revelación inesperada y brutal. Palideció terriblemente y retrocedió espantado del

nos de la juventud. Con igual temblor acogían sus primeras palabras, con emoción idéntica hundían luego los dedos enojados entre las canas que ya se mezclaban a sus cabellos. Joven por dentro, se creyó en posesión de una juventud eterna. Y tuvo una reflexión tranquilizadora. Más viejo era el sol que todas las tardes se hundía tras los mares, y, sin embargo, no había, por las mañanas, juventud tan radiante, tan vigorosa, tan amable y tan bella...

Así y todo, al otro día, viéndolo a Catalina Ruth que, tumbada en la *chaise longue*, levantaba los ojos del libro como en espera del saludo de su mirada, pasó lejos, pegado a la borda. No le dió ocasión para esbozar la vaga sonrisa de los días anteriores, y Armando advirtió que le seguía con ojos sorprendidos. Poco le importaba, sin embargo. No era aquella la actitud que pudiera tranquilizarle. Y ya lejos de Catalina, acodóse en la borda, sin fijarse en que sobre la línea del horizonte pasaba un buque, desinteresado totalmente de la visión que tanto parecía preocupar a los otros pasajeros, mirando tan sólo hacia abajo, hacia el agua remansada, como antes había mirado al armario del camarote. Bondadosa el agua, no obstante su tranquilidad, no quiso hacer de espejo y devolverle su figura.

Comió en el bar de a bordo, y la noche le sorprendió en el mismo sitio. Cuando el sol volvió a acariciar con sus rayos los mares inmensos, Armando se retiró a descansar. Al levantarse, mediada la tarde ya, no fué al salón ni se le vió después en la toldilla. Y paseaba ahora por la cubierta de los botes, el piso más alto del buque y su parte más propicia a la soledad, cuando un rumor de pasos le hizo volver la cabeza. Era Catalina.

Vestida con frescas ropas, que aminoraban su figura soberbia de las noches de baile, Armando sintió esfumarse un poco del miedo con el cual había sido hasta entonces tan infeliz. Y algo aún más grato. Catalina, al enfrentarle, no se contentó con la mirada deferente de los encuentros anteriores, en la que aleteaba cierta emoción de sonrisa. Sonrió francamente y supo dar a la sonrisa aquella el carácter todo de un saludo.

Armando sintió que la sangre de sus venas se agolpaba con ímpetu hacia el corazón. Pero no osó todavía moverse del sitio. Todavía la dejó seguir...

Y Catalina continuaba lenta y lánguida, y Armando no tenía alma mas que para el andar armonioso de aquella mujer tan bella, la que más fuerte impresión le había hecho hasta entonces,



dad de que hombre alguno le venciese. Y mujer sobre la cual se decidía a posar los ojos aprobadores, mujer que pronto, a la insinuación más leve, estaba confesándole la imposibilidad de vivir sin su cariño. Pero ahora tenía miedo. Tenía miedo, y, como buscando el motivo de aquella sensación que le acobardaba, se contempló una noche larga-

triste aspecto que la pancez acentuaba. Nunca se había detenido a meditar en la obra de los años. Sintiendo animoso y fuerte, tan capaz, por amor, de todas las audacias y todos los sacrificios, de todas las arrogancias y todos los triunfos, vivió sin darse cuenta casi del paso del tiempo. Las mujeres, por su parte, le amaban como en los días ya leja-

la que no podría olvidar jamás y en sí encerraba toda la felicidad o la desgracia toda de su destino... Y ya se había alejado bastante, cuando algo, un libro, le cayó al suelo. Corrió entonces Armando, y, a pesar de la distancia, Catalina esperó. Pudo él recogerlo y ofrecérselo.

—Gracias.

Por primera vez oía su voz, delicada y dulce. Y ella, entonces, no queriendo que aquello terminase así, inició la conversación hablando del libro. Era el único que allí tenía del más amado de sus poetas y por poco se le cae al mar. Hubiera sido para ella una pérdida insustituible...

Una sombra como de incredulidad pasó por los ojos de Armando, y la muchacha pareció sorprendida. A las palabras de Andrade asomó algo de las angustias, que tanto le escaldaban el pensamiento.

—Es usted bien poco amable para esos jóvenes con los cuales baila y a quienes escucha...

Catalina sonrió de nuevo, como tranquilizándose.

—¿Usted, entonces, no los traía?

—No. Si se hubiera fijado en mí un poco más, hubiera visto que ninguna vida al bordo tan solitaria cual la mía.

—Sí, me he fijado. Y por eso no me sorprende el concepto que tiene de mis compañeros de baile y que los crea capaces de poner en cuanto me dicen un poco de poesía...

La sangre de Armando de Andrade corrió por sus venas más activa, más impetuosa. ¡La bella criatura, esperanza ya toda de su vida, se había fijado en él y no vacilaba en decirselo! ¡Se había fijado, había comprendido cuanto, con sus miradas, quiso decirle, y cansada, sin duda, de esperar la confesión clara y franca, pareciéndole que ya iba prolongándose excesivamente, la buscaba! ¡Buscaba, al menos, el comienzo del trato entre los dos, acudiendo a aquel sitio solitario, y preparando, con la caída del libro, la ocasión para las primeras frases!

Y por si algún temor aún lo angustiasa, Catalina había querido quitárselo enteramente. Aquellos jóvenes, con los cuales a veces hablaba y a quienes concedía el bien de tenerla un instante entre sus brazos al compás de la música del baile, eran jóvenes, sin duda, pero nada más. No sabían llenar las necesidades de su corazón nostálgico, tal vez de cosas muy grandes. No acertaban a poner poesía en sus palabras y a acercarse del único modo con el cual podía conseguirse algo de ella. La poesía la puso entonces Armando, si po en sus palabras, en su silencio; un silencio más apasionado, más rendido, más elocuente que habían sido sus charlas impetuosas de ocasiones análogas. Entonces Catalina le tendió la mano:

—Quiero que seamos amigos. Aun cuando he traído muchos con mis libros predilectos, son tan largos estos días de a bordo que ya me estoy quedando sola.

Deslumbrado por la mirada que le clavaba, por la sonrisa que le dirigía, Armando se lo prometió ardiente y tumultuosamente. Y de nuevo solo, sintió ira y casi vergüenza del pesimismo ante el espejo, de la cobardía que le hizo esconderse de aquella mujer y andar tanto tiempo como huído. ¡Viejo él! Los hombres de su temple jamás envejecían. Podía el espejo, con su bárbara franqueza, pretender acobardarlos. Podía decirles que era ya demasiada la nieve de sus cabellos para derretirse al fuego del propio corazón. ¿Qué importaba, mientras las mujeres verdaderamente dignas de ser amadas siguiesen descubriendo ese corazón al través de todas las nieves y todas las brumas?

¿Quién había a bordo que pudiese compararse siquiera a Catalina Ruth? Y Ca-

talina, que no esquivaba de lejos sus miradas, seguía mirándole amorosamente, allí, tan cerca el uno del otro, en la claridad de aquel atardecer tan claro, y cuyas luces oblicuas plateaban más, hacían aún más vivas y más visibles, las canas de sus sienes.



Desde entonces se los vió juntos a toda hora. De noche mismo, durante el baile, Catalina prefería alejarse con Andrade a bailar con aquellos jóvenes insulsos. En el comedor, para él eran todas sus miradas, y sentada en las sillas de cubierta, con el libro sobre el regazo, parecía esperar tan sólo a que Armando acudiese. Al verlo, se levantaba, alegre y ágil, dispuesta a no separarse de él.

Pero la alegría de Andrade no tardó en empañarse como por una niebla. Al tocar el buque en la primera escala, subió a bordo una familia inglesa, cuyos miembros saludaron alborozadamente a Catalina y con quienes la muchacha parecía estar ligada por lazos de la más fuerte amistad. Pronto comprendió Armando que aquella gente, tan distinta de la habitual hasta entonces a bordo, y que no venía tan sólo para saludar a la muchacha, sino para seguir en el buque, iba a robarle algo de ella. Y más le entristeció el reparar en uno de los dos varones de la familia, el joven, el hijo, un bello tipo de hombre, alto, elástico, todo fibra, con cierta palidez interesante en el rostro rasurado, un hondo langor en los ojos azules, sombreados por largas pestañas curvas, y una sonrisa enigmática y atrayente. Armando, sin saber todavía por qué, comprendió que tenía allí un peligro grave, acaso como ningún otro de su vida.

Y en efecto; desde aquel instante, Catalina se pasaba casi todo su tiempo al lado de la familia inglesa, y si con algún hombre recorría el buque, ya no era con él, sino con el joven de los bellos y lánguidos ojos azules. A él le hablaba todavía; pero siempre delante de gente, como si tuviese miedo de que los viesen a solas. ¿Estaría aquel hombre venciéndole en el único corazón que realmente había logrado interesarle al través de la vida? Era necesario defenderse. Había que sacudir todo recelo y obligarla a hablar, a aclarar insinuaciones, a pronunciar las palabras que algunos momentos vió asomadas a sus ojos. Decidió:

—De hoy no pasa. Esta misma tarde me lo dice todo. A partir de esta tarde, tiene que vivir únicamente para mí...

Mas aquella tarde, a la hora de la siesta, en que todo el buque se quedaba como aletargado bajo el peso de plomo del sol, ni Catalina ni la familia Sterling, la familia inglesa, salieron de sus camarotes. Y de pronto oyó Armando, desde la proa a la popa, un extraño rumor. Era un rumor de voces, de pasos angustiosos, de timbres que dan órdenes, de voces broncas de mando. La sirena rugió por tres veces y la máquina, que en las entrañas del buque latía como si fuera su corazón, interrumpió bruscamente el ritmo del acompasado latir. Los pasajeros comenzaban a asomar a las puertas de sus camarotes, a correr por los pasillos, a subir, despavoridos, hasta la cubierta.

—¿Qué pasa?

—No sabemos; pero parece ser que algo serio.

Los marineros, entretanto, acercándose a los grupos, apremiaban:

—¡A los botes! ¡Pronto! ¡Que no hay tiempo!

El mar del trópico, bajo la augusta serenidad del cielo, estaba tan en calma que parecía de estaño fundido. ¿Cuál podía ser entonces la causa de la catástro-

fe? ¿La arista de alguna piedra oculta rozando los costados del buque? ¿Una vía de agua, abierta por algún descuido y de la cual nadie se dió cuenta hasta entonces? Fuese por lo que fuese, el buque se hundía. Así lo pregonaba, al menos, el rápido correr de marineros y oficiales, la preparación de la maniobra de salvamento, el avisar a todos los pasajeros del inminente peligro...

De las sentinas de proa venía ahora gente en angustiado y aterrador tropel. Eran mujeres y hombres que los viajeros de cámara no habían visto hasta entonces; mujeres con sus hijos en brazos; hombres que entraban en los salones y luego irrumpían por las escalerillas, arrollándolo y pisoteándolo todo. Unos oficiales trataron de contenerlos.

—¡Calma, que no es para tanto!

Hubo una protesta ardiente y terrible. —Somos gente también, y si la casualidad no nos entera, nadie se cuidaba de avisarnos!

—Bueno; pero más orden... Cada uno al bote que se le ha señalado. Hay sitio para todos.

Fué acomodándose la gente. El sosiego del mar, la estabilidad, todavía absoluta, del buque, tranquilizaban algo a toda la multitud. Sólo los pasajeros de proa, más rudos, más primitivos, recelosos de las intenciones de los oficiales, dieron algo que hacer a los organizadores del salvamento. Italianos no salidos hasta entonces de sus montañas nativas; españoles de las estepas lejanas del mar; ingenuos portugueses de tierra adentro, aquellos hombres, perdida toda noción de calma, aturdidos ante la idea aterrador del naufragio, dejaban guiarse tan sólo por el instinto, pretendiendo meterse en los botes más cercanos, atropellando el derecho de otros, apartando a las mujeres y los niños, locos casi, convencidos de que únicamente en la propia fuerza podía estar su salvación. Un oficial, palideciendo hasta la lividez, puso a un italiano el cañón del revólver sobre la boca.

—Si no das paso a esta señora, te dejo seco.

El bote que correspondía a Armando, acaso por ser el último de la fila, se llenó muy ordenadamente. Y en medio de su zozobra, tuvo Andrade una alegría. En aquel bote que iba a llevarle estaba ya Catalina, y en otro de la banda de enfrente el odiado mozalbete inglés. Al lado el uno del otro, iban, pues, a buscar la suerte. Un mismo destino sería el de ambos. Juntos arribarían a la playa de salvación o al vapor que los recogiese. Juntos, si no, morirían. Y ya parecían los marineros dispuestos a soltar las amarras del bote, cuando Armando oyó, casi sin contento, la voz risueña del capitán:

—Gracias, señores. Salvo algunas impaciencias lamentables, pero no excesivas, han dado ustedes prueba de bastante serenidad. Podemos contar con el pasaje si el caso llega.

Los pasajeros se preguntaban unos a otros:

—¿Pero y entonces?

—¿Es que no nos vamos a pique?

Y no. Se trataba únicamente de un ensayo de salvamento. De algún tiempo a aquella parte habían tomado tal costumbre los barcos de la Compañía. Las mayores desgracias, en caso de naufragio, provenían, al parecer, de la falta de preparación del público para esta contingencia, y raro era el viaje en el cual el capitán, por previsión o porque estaba aburrido, dejaba de dar, inesperadamente, las órdenes para la simulación de la catástrofe. Hubo protestas vagas.

—¡Está bien; pero se avisa, caramba!

—No se hace esto con tanta seriedad. No se le mete así a la gente el alma en un puño.

Algunas señoras, que habían hecho esfuerzos extraordinarios por conservar integras sus facultades, no tenían ahora inconveniente en desmayarse. Se alejaban, mohinos, los que más cobardemente se portaron; triunfantes, los de conducta heroica. El peligro había parecido real y su alejamiento pronto infundió por el buque una alegría enorme. Se pedía champagne en todas las mesas, a la hora del te. Se exigió, para la noche, un banquete y un baile que superasen en esplendor a todos los organizados hasta entonces.



Por la noche, durante el banquete, sólo se habló del suceso de la tarde. No había otro tema de conversación. Ya reunida la gente en el vestíbulo, esperando el baile, siguió hablándose del asunto. De origen español la mayor parte del pasaje, se comentaba, con cierta vergüenza, el proceder de los emigrantes españoles, italianos y portugueses. Mal, mal había quedado la gente latina. En cambio, el joven Sterling, uno de los contados ingleses de a bordo, supo conducirse con arreglo a la tradición de su raza. Acomodado ya en un bote, le cedió el sitio a una señora que no daba con el suyo, y difícilmente encontró otro puesto. De ser de verdad el naufragio y de haber prisa, tal vez pagase caro aquel acto admirable de galantería.

Y es que para estas cosas, para estos arranques de sereno arrojo, no hay otra gente.

Se citaban otros naufragios, naufragios terribles e ilustres que parecían preparados para la ostentación de todas las virtudes inglesas. Y Armando palideció. Oyendo tales palabras estaban Catalina y el joven Sterling. Y Catalina, americana de país latino, parecía un poco avergonzada, ante aquel hombre, por la reprensible conducta de su raza egoísta. Entonces Armando alzó la voz:

—No es lo mismo un simulacro de naufragio que un naufragio de veras...

—Pero si nadie sabía que fuese un simulacro, señor...

—De todos modos, no es lo mismo...

—¿Está usted seguro?

Se lo decía el inglés, también más pálido que de costumbre.

—Absolutamente.

Con gesto amable preguntó a los oyentes si conocían el caso de aquel periodista de provincia, llegado a París con el propósito de hacerse un nombre. Era la época de los duelos. En la sala de armas adonde le llevó un amigo, otro periodista, ilustre ya, deslumbraba a los espectadores no marrando un tiro sobre el muñeco. Anunciaba el tiro en la cabeza, prometía partirle un dedo y no se equivocaba nunca. Los aplausos, las exclamaciones de esombro eran incesantes. Sólo el provinciano parecía no darle a aquello importancia alguna. Sonreía extrañamente, con sonrisa despreciadora casi. El tirador acabó por dirigirle la palabra:

—¿Le parece que esto lo hace cualquiera?

—No, señor.

—¿Entonces?

—Me parece, sin embargo, que no es lo mismo darle a un muñeco que a un hombre.

—Yo creo que sí.

—Y yo creo que no. De modo que, si usted quiere, podemos ver mañana quién está en lo cierto.

Y Andrade terminó, clavados los ojos en Sterling.

—Puestos, al otro día, frente a frente, el tirador erró todos los tiros...

—¿Por qué se dirige a mí? ¿Qué quiere decirme?

—Que ya veremos lo que ocurre si, como ha dicho el capitán, el caso llega...

Y cual si la llegada del caso se halla

se prevista en el fondo de sus almas, cruzaron aquellos dos hombres una rápida e intensa mirada de desafío.



El baile no estuvo tan animado como otros de días menos importantes. Habíase rizado el mar a media tarde, y el buque cabeceaba algo, haciendo imposible sostenerse bailando a quienes no fuesen unos bailarines de extraordinarias aptitudes. La brisa, además, llegaba demasiado áspera, casi fría.

Toda la noche Armando acechó a Catalina Ruth. Quería quedarse solo con ella, hablarle, salir, al fin, de dudas. Lamentablemente, Sterling no la dejaba un instante. Bailaban juntos, se quedaban, después, en un rincón de la borda, bajo los faroles de papel y al abrigo de las banderas de señales con que se improvisó un amparo contra la brisa, hablando, riendo. Andrade, al fin, no pudo más y se acercó a ella:

—¿Me concede usted el honor de algún baile?

—Con el mayor gusto. El próximo ya. Pero Armando no dió una sola vuelta. Se disculpó. Le hacía falta para ello un piso muy seguro.

—La he invitado a bailar porque necesito hablarle.

Se alejaron hacia el paseo del otro lado, donde apenas había gente. Y fué ella quien habló primero, reparando en su palidez, en su trastorno.

—¿Qué le pasa a usted?

Armando suspiró. Anduvo todavía un poco, en silencio, y, de repente, hizo un esfuerzo visible.

—Me pasa...

Se interrumpió todavía, como con un nudo en la garganta. Luego, bruscamente, se acercó a ella. Creyó verle una honda ansia en los ojos, una expresión como de angustia en el rostro entero. Estaba más bella que nunca...

—Me pasa que no puedo tolerar sus bondades con otro. Necesito salir ya de dudas, Catalina. Quiero saber si me espera, desde ahora, la felicidad mayor del mundo, o si voy a ser el más desgraciado de los hombres. Yo la amo a usted, la adoro, no podía vivir ya sin su cariño...

Se acercó más; se atrevió a sujetarle una mano, que ella no retiró, y añadió impetuosamente, radiante casi:

—Pero usted también me quiere, ¿verdad, Catalina? Eso de bailar con Sterling, de estar con él tanto tiempo, no significa el anuncio de mi desgracia, ¿verdad? Es que lo conoce de antiguo, que debe respeto a su familia, que no se atreve a adoptar ante él una actitud susceptible de considerarse como un desaire...

Y le soltó la mano. El silencio, la sorpresa de Catalina, tenían algo de trágico. Al fin, ella pudo hablar.

—¿Qué dice? ¿Pero entonces? ¡Dios mío!

Veía bien de cuán hondo llegaban las palabras de aquel hombre, de qué simas insondables del alma, donde ella, sin conciencia del daño, sin poder presumirlo, arrojó la semilla de alguna esperanza, que creció impetuosa, y monstruosamente. Sintió una pena, una piedad tan grandes, que casi se abrazó a él.

—¡Dios mío, perdóneme! Yo todo podía imaginármelo, menos esto. ¡Sola en el buque, sin afectos, sin amigos, sin una persona verdaderamente digna de mi simpatía con la cual poder hablar, fui hacia usted atraída por su aspecto tan noble; pero sólo en busca de su amistad. No creí posible esto de que ahora me habla. Ignorante del mundo, no sabía que los hombres eran capaces de enamorarse en cualquier momento de la vida. Creí, hasta ahora, que el amor, como

las flores, tenía su tiempo, su época...

Y no se reía, no. No había el menor matiz de ironía o de burla en aquellas palabras. Sinceramente dolorida, disgustada del mal que, sin darse cuenta, había causado, y cuyos efectos apreciaba en la palidez, en el temblar, en el abrirse exagerado de los ojos de aquel hombre, se llenaron los suyos de lágrimas.

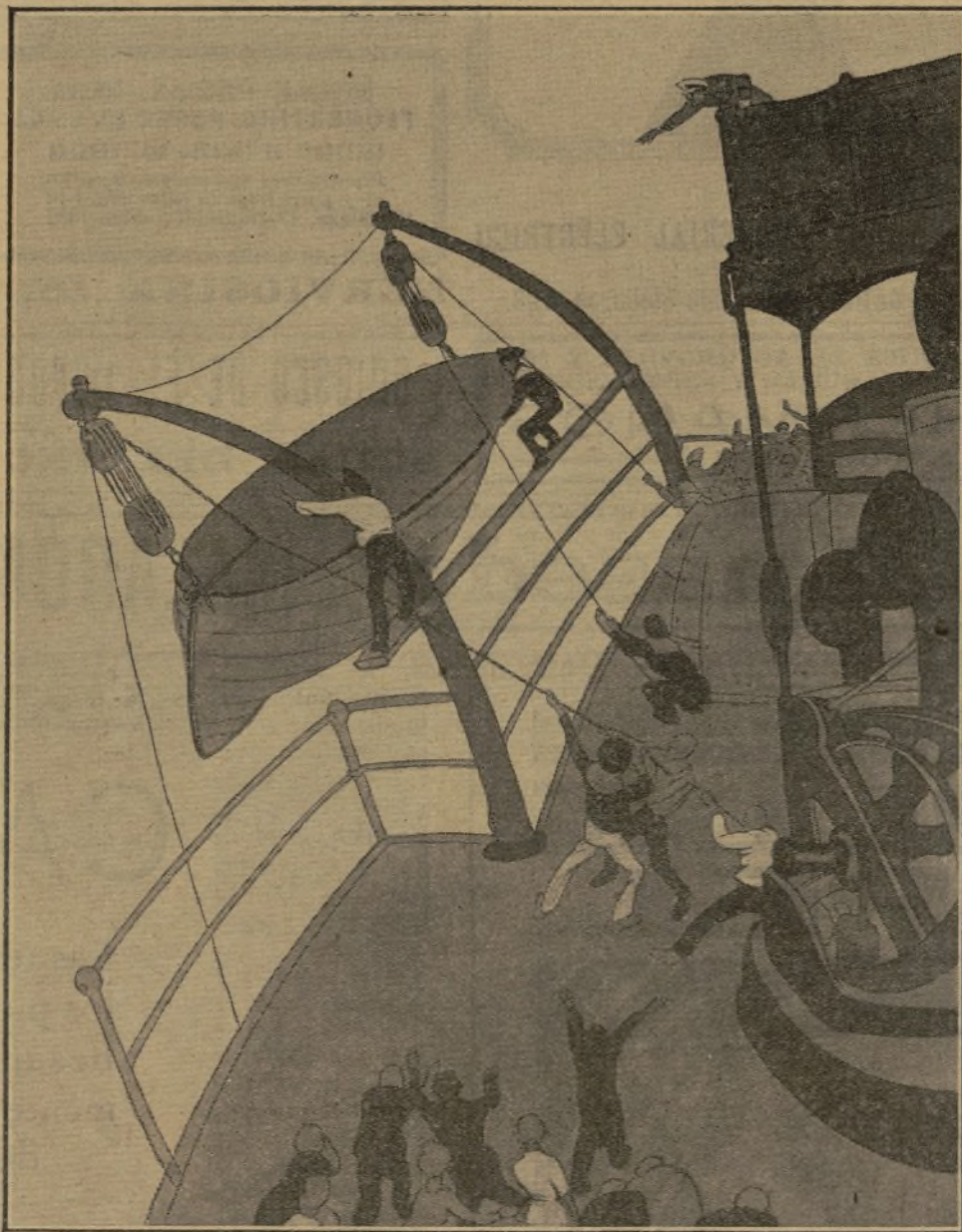
—¡Perdóneme, perdóneme!

Armando se había reclinado en la borda, como para no caer al suelo. Aquella lástima, aquel dolor, aquella simpatía, le hacían más daño que si Catalina, despiadadamente, se hubiera reído de su confesión. Y ella, abrazada ya a él realmente, seguía clavándole el puñal de su sinceridad y de su pena.

—Si fuese libre, créame que sería ca-

perdonan y tantas todavía prefieren. Su rostro tenía arrugas, además; arrugas hondas, surcos profundos. Y algo peor, más doloroso, acaso. Los ojos, aún azules, ya no conseguían hacer triunfar la menor llama juvenil, y en aquellos párpados blandos y en la piel terrosa de las mejillas todo parecía hablar de fatiga y como de muerte...

No pudo permanecer más tiempo en el camarote. Se ahogaba. Cuando llegó a cubierta la fiesta aún seguía animada y bulliciosa. Huyó de ella. Acodado en la borda, estuvo viendo el bullir de las aguas fosforescentes. Un momento sintió el deseo de arrojarle al torbellino que le recogería, librándole de aquella su angustia opresora. ¿Qué le importaba la vida ya? ¿Para qué la quería sin el amor



paz de todos los sacrificios por no darle este disgusto. Pero no lo soy. No me juzgue una coqueta. Ese Sterling, de quien usted me habla, es mi novio. Le estoy, desde hace tiempo, prometida y vamos a casarnos al desembarcar...



Con piernas temblorosas, que casi se negaban a sostenerle, Armando bajó hasta el camarote, deseando quedarse a solas con su fracaso y su vergüenza. Apenas allí, se dejó caer, como tronchado y roto, en el diván. Pronto, haciendo un esfuerzo, se levantó y difícilmente pudo sostenerse ante la luna del espejo. ¿Era la de él aquella imagen que el espejo le devolvía? ¿Tenía, realmente, tal aspecto de decrepitud? ¿Cómo Catalina pudo ser entonces tan buena que ahogó la risa en su pecho, al oírle instantes hacia, y sólo dejó salir a los labios palabras piadosas? ¿Cómo no llamó a Sterling y al pasaje todo para reírse de su fatuidad? El paso del tiempo no se señalaba allí sólo por las hebras de plata que tantas mujeres

de Catalina y muerta totalmente la esperanza de despertar, en corazón alguno, el sentimiento que llenó su alma hasta entonces, y sin el cual todo sería sombras y desamparo, y una tristeza insufferable, y una desolación infinita?

Seguía mirando al mar, a la fosforescencia de sus espumas, como a una atracción seductora. El mar sorbió, ardiente y trémula, acaso la primera lágrima de aquel hombre. Armando tuvo entonces un pensamiento.

—¡Si nos hundiésemos! ¡Si el buque tropezase ahora mismo en un peñascal y yo pudiese morir, acabar mi vida abrazado a ella!

¿Y le oyeron donde se fraguan las tempestades y los naufragios? ¿Vió él venir la catástrofe con los ojos del espíritu? Amanecía ya, pero aún no estaba terminada la fiesta de la noche. Aún, al menos, lucían las luces, y el viento inflaba las banderas tendidas desde la borda al techo del combés, y la orquesta tocaba, y algunas parejas seguían aprovechando la música para bailar. De

pronto, un ruido horrible conmovió el buque, y, al poco tiempo, todo eran allí gritos, confusión y tumulto.

No, no se trataba de un simulacro como por la tarde. El buque se había detenido y la gente llegaba de los camarotes casi desnuda y corría despavorida de un lado a otro.

—¡Hemos chocado!... ¡Estamos hundiéndonos!

Habían chocado contra una piedra oculta, y la vía de agua debía de ser tan grande, que, apenas transcurridos unos minutos, ya estaba el buque terriblemente escorado. Como un zumbido sonaba el rumor de las antenas de la telegrafía, pidiendo auxilio, y la gente ya no buscaba los botes con la calma que a la tarde. Se disputaban los puestos ferozmente. El que había conseguido sitio, lo defendía con dientes y uñas; alguno, revólver en mano... La claridad violeta de la mañana, listando el horizonte marino, vino a iluminar el cuadro; pero sin quitarle nada de su horror. Los oficiales gritaban:

—¡Pronto! ¡A los botes! ¡Es una cuestión de minutos!

Se oyó un tiro. Un oficial acababa de disparar su revólver. En la frente de un hombre que había saltado a uno de los botes excesivamente llenos, se dibujó un punto rojo, un hilo de sangre corrió luego por aquella faz y el hombre cayó al agua. El bote, bajó. Otros iban llenándose, y los oficiales recomendaban serenidad.

—Hay sitio para todos y se ha recibido contestación a los radios. Dentro de unas horas tendremos buque a la vista. Más botes fueron arriados. Quedó uno, por fin, y sólo tres personas aún en la cubierta del buque: el capitán y dos pasajeros. Pero algunos de los botes debieron haber partido con menos gente de la que les correspondía, y en el único dispuesto al salvamento únicamente para una persona había sitio. El capitán, cubierto de una lividez cadavérica, se acercó a los dos hombres.

—¿Alguno de ustedes es de la dotación de este bote? ¡Ah, señor Andrade! Entre usted. Le pertenece el sitio.

Pero Armando se hizo a un lado para dejar paso al otro pasajero, cortés, gentilmente, como ante una puerta cualquiera, que acaso no haya prisa por pasarla y que tal vez se prefiera no pasar. No le importó que aquel hombre fuese Sterling. No, siquiera, ver a Catalina ya en el bote. Hasta se volvió al capitán:

—¿Y usted?

—Yo no tengo más remedio que quedarme. No puedo abandonar el buque. Y ustedes decidan pronto. Sólo cabe una persona. El peso de los dos hundiría el bote. Decidanse, que si no, mando arriar. Antes de cinco minutos habrá llegado el agua a la cubierta...

Oyóse la voz de los dos hombres, tranquila, como realmente a la entrada de un salón:

—Pase usted.

—No; usted...

De pronto, Armando reparó en Catalina; vió la mirada de aquellos ojos y retrocedió definitivamente.

—¡Usted!

Y mientras, ya arriado, se alejaba el bote, y el buque aceleraba su hundirse, el capitán estrechó la mano del hombre que quedaba acompañándole:

—¡Muy bien! ¡Perfecto! ¡Ahora se vencerán de que no hay razas especiales para estas cosas!

Y sólo entonces pareció Armando salir así como de un sueño, y darse cuenta de que su conducta podía interpretarse como un acto de serenidad heroica y como una galantería para alguien inolvidable.

Francisco CAMBA

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

PHILIPS

"ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

ALUMBRADO
MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO



LUZ
MÁS
Suntuosa
MÁS
DECORATIVA

TRIUNFO

Al por mayor:

ADOLFO WIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMÓVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

SI

UN MILLÓN DE HOMBRES AFIRMAN LO MISMO
¿LO CREE USTED?

Pues son millones de hombres en el mundo entero que gastan las afamadas lámparas **TUNGSRAM (Budapest)**, corrientes y medio vatio, **LA MEJOR EXTRANJERA** que existe hoy

GRAN NOVEDAD

Lámpara medio vatio, ampolla, cristal opalina (luz de la luna). Remesas en camino. Exíjase en todos los establecimientos de lámparas y en **MONTERA, 10.**

Droguería, Perfumería, Colores
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
SUCESORES DE EDUARDO DIAZ HERRERA
Primera casa en barnices, esmaltes
y purpurinas de todas clases
Hortaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038

MANUEL LOPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17
AYALA, 60

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL Calle de Alcalá esquina a Barquillo. Se admiten suscripciones y anuncios.
AGUAS DEL INCIO-BÓVEDA (LUGO)

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

CARLOS COPPEL



CERTIFICADO DE GARANTÍA CON CADA RELOJ.

MARCA DE FÁBRICA REGISTRADA

FÁBRICA DE RELOJES
FUENCARRAL, 27 MADRID

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGUENTO MAGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas

Se vende en farmacias y droguerías. 1.50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

